

El legado político de Fichte y el momento actual

Una carta de Ferdinand Lassalle a Ludwig Walesrode¹

Berlín, enero de 1860

Señor Ludwig Walesrode:

Usted me solicita que le proporcione un artículo sobre alguna «cuestión *candente*» de estos días. Pero prescindiendo de que en este momento yo estoy absorbido por

1. [Tras sus estudios universitarios, Ludwig Reinhold Walesrode (1810-1889) se desempeñó como publicista y periodista desarrollando una impugnación mordaz de su época, hasta el punto que, sobre finales de casi dos décadas de actividad en Königsberg, sus críticas le valieron un año de encarcelamiento. Hacia finales de los años cincuenta se trasladó a Hamburgo; en 1862 se instala en Berlín, donde es redactor del semanario *Der Fortschritt* [*El progreso*] y culmina su actividad en Gotha y Stuttgart]. En 1860 y 1861 edita los *Demokratische Studien*, surgidos de una iniciativa tomada en París por el mismo Walesrode, junto con L. Bamberger, M. Hartmann, H. B. Oppenheim, L. Simon, con el propósito de hacer conocer en Alemania las opiniones de los exiliados. Su primer tomo publica esta carta de Lassalle en pp. 59-96. Señalemos algunos hechos concomitantes. En el mismo número inicial, Carl Vogt publica un trabajo: «Una mirada sobre la Ginebra actual» (pp. 97-144). Cuando Marx visita a Lassalle en Berlín (marzo-abril de 1861), le comenta a su anfitrión los detalles de la actitud y las denuncias de Vogt en contra de Marx; consecuentemente, Lassalle comparte la indignación y las críticas que éste le hacía a Vogt, quien, entre otras cosas, era pagado por Francia para escribir a favor de Luis Napoleón. En consecuencia de esto, y ante el hecho de que ya había enviado un trabajo para el siguiente número de los *Demokratische Studien*, Lassalle cree que podría aparecer en éste también un escrito de Vogt y, en solidaridad con Marx, le pide a Walesrode que se lo devolviera. En carta del 22.III.1861, Walesrode le contesta que es imposible, porque ya estaba todo enviado a Leipzig para su impresión, pero lo tranquiliza aclarándole que no hay ninguna colaboración de Vogt en el segundo volumen de los *Demokratische Studien* de 1861, que resultó ser el último].

completo por un trabajo que exige la concentración de todas mis fuerzas,² me pregunto, ¿qué provecho tiene en realidad escribir para una nación que ni siquiera lee lo que tiene a disposición ni, por cierto, nada de lo que debería leer ante todo?

¿Encuentra usted este reproche demasiado duro? Eso dependería de la prueba, y estoy dispuesto a proporcionarle una. En vez de escribir para usted un artículo, quiero hacer algo mejor e insertar aquí algunas citas fragmentarias que provienen de una gran figura. Quizás uno encuentre, entonces, que las «cuestiones *candentes*» y también el tratamiento *candente* de las mismas entre nosotros ya son antiguos, muy antiguos, y que nada falta salvo los corazones que por ellas se enciendan.

Uno podría efectuar la mistificación más victoriosa con estos fragmentos. Porque casi nadie los conoce, nadie al menos hasta donde llega mi experiencia personal. Y si uno insertase aquí estas poderosas efusiones de ardiente amor a la patria y de penetrante fuerza reflexiva, escritas hace casi cincuenta años, sin indicación de la fuente y el lugar dónde fueron halladas, el lector *juraría* que fueron escritas *hoy* o que describen los estados de cosas y los sufrimientos, los peligros y los problemas, los hechos repugnantes y los crímenes del momento más actual.

Desde luego, algunos de los asombrados lectores oficiales quizás se verían inclusive en la necesidad de preguntar el lugar dónde fueron hallados estos fragmentos, para cerciorarse de que ellos son citados sin alteraciones ni añadidos.

Ciertamente nadie puede estar menos dispuesto a mistificar que yo. Y nunca hubo una época en la que un alemán pudiera estar menos predispuesto para tal broma que justamente la actual. Porque no es en absoluto divertido el pensamiento de que languidecemos bajo la misma miseria que hace cincuenta años. Lo que sugeriría que se trata de una broma, pero sólo una broma amarga y despreciable es que nuestros políticos del parlamento y de los periódicos se comportaran (ya sea con sincera desaprensión, ya sea con meditada falsía) frente a esta *enfermedad*—descubierta agudamente hace ya ciento cincuenta años, frente a esta enfermedad ya entonces claramente reconocida en sus causas y en sus remedios— como hacen siempre (pero ahora se incrementaría), es decir: como si absurdas charlatanerías y paliativos ilusorios pudiesen sanar la gran enfermedad nacional; como si justamente por eso el mal no se volviese siempre más extenso y crónico; como si justamente por eso su infección no fuese transmitida desde la vida *corporal* de la nación también a su *espíritu* y a su conciencia; como si justamente con ello no le fuese hurtada al pueblo la precondition indispensable de su cura: el conocimiento claro de la enfermedad en la conciencia del pueblo; y de esta manera, como si no se alejara cada vez más la salvación de este cáncer que aún corroe la conciencia nacional, una sal-

2. *System der erworbenen Rechte* [Sistema de los derechos adquiridos]. (E. B.)

vacación siempre más problemática y difícil; y –si nuestra nación fuese mortal– como si la ruina no terminara siendo una necesidad inevitable.

Estos fragmentos, de los que yo quiero citar algunas partes, portan el gran nombre de *Fichte*; esto significa entonces, el nombre glorioso del más grande patriota alemán y de uno de los pensadores más poderosos de todos los tiempos.

Fichte redactó estos fragmentos en la primavera de 1813, bajo el efecto inmediato de la Proclama del rey Friedrich Wilhelm titulada «A mi pueblo», y en relación con la misma. Esos fragmentos no fueron impresos en ese entonces, ni tampoco fueron escritos para la imprenta. Es decir que son sólo notas, esquemas de pensamiento básicos para un proyectado escrito político, cuya efectiva elaboración quedó truncada por la muerte de Fichte, ocurrida inmediatamente después, en 1814.³ Estos fragmentos forman, entonces, *el legado político de Fichte a su pueblo*. El hecho de que son notas no elaboradas acrecienta su interés. Por esto, lo que hay en ellas no es un producto terminado del pensamiento, sino que nosotros observamos dentro del corazón palpitante de su mismo pensamiento. Mediante las preguntas que él se formula, los esbozos con los que se interrumpe, los paréntesis en los que se explica y se corrige a sí mismo, el conjunto conforma una autocomprensión continua del gran pensador.

Estamos en condición de observar la génesis, el desarrollo de su pensamiento, la lucha de éste consigo mismo y la consecuencia del mismo, que en su evolución se vuelve cada vez más clara, se extiende y penetra cada vez más profundamente.

Estos fragmentos fueron publicados recién en 1846, bajo la censura prusiana, en el volumen séptimo de las *Obras completas* de Fichte (Berlín, Veit & Co., 1846), editadas por su hijo, y estos fragmentos permanecen como un secreto de los doctos, porque ni nuestro público ni aquellos que se procuran los medios para abastecer diariamente su propia formación suelen examinar el séptimo tomo de una obra filosófica.

Veamos, entonces, si estos fragmentos, aparte de su contenido en general tan atractivo, contienen algo no perdido durante el transcurso del tiempo, algo que, como por un milagro, pueda aparecer como la exposición más encendida de la pregunta candente de la actualidad.

Para diferenciar, señalemos aún que los paréntesis curvos () provienen todos del texto de Fichte y que lo puesto entre llaves { } nos pertenece.⁴

3. [En estas notas informativas hemos utilizado *Fichtes Werke* herausgegeben von Immanuel Hermann Fichte, Walter de Gruyter & Co., 11 Bände, Berlin, 1971. Para el texto al que hace referencia Lasalle aquí, cf. Bd. VII, pp. 546-573, donde es titulado «Aus dem Entwurfe zu einer politischen Schrift im Frühlinge 1813 [De un esbozo para un escrito político en la primavera de 1813]». Para otras indicaciones sobre los escritos políticos póstumos de Fichte, véase *infra* la Nota 23 del segundo escrito].

4. Las inserciones entre corchetes [] en la traducción son del traductor.

Fichte plantea ante todo la siguiente pregunta en relación a la Proclama «A mi pueblo» (p. 546): «¿Qué es una guerra de señores territoriales [*Landesherrnkrieg*], qué es una guerra del pueblo y qué exige el pueblo en esta última?».

«Debo ir aquí al fondo de la cuestión. El imperio es la alianza de los libres y además sólo él está armado. El señor territorial no tiene permitido armarse. (Por eso, desde luego, llega a ser para mí totalmente claro que *de ningún modo se puede conseguir formar un pueblo alemán*, a menos que *renuncien los príncipes individuales*. En realidad, el carácter hereditario de la representación es un principio totalmente contrario a la razón, porque la formación educativa [*Bildung*], especialmente la más elevada y la que aquí resulta necesaria, depende por completo del talento y la formación individuales y estos factores no llevan consigo nada de *hereditario*. El carácter hereditario[, en cambio,] es correcto en el Estado patriarcal, donde el soberano es el *señor* de la tierra y lega esta posesión como una propiedad privada».⁵

«Ahora bien, la multitud no comprende todo esto. Los que lo comprenden son los *más débiles*. El verdadero poder que sojuzga a los seres humanos es una *ilusión falsa*. Pero el correctivo se ha presentado por sí solo: el príncipe deviene paulatinamente Estado racional; sólo él debe abolir los privilegios de la nobleza».

«Pero de esta manera nosotros no llegamos a ser *alemanes* y, por añadidura, a causa de mezquinos intereses egoístas, nuestra libertad permanece *insegura*. Por esto, todas las guerras de alemanes contra alemanes han sido por esto simplemente vanas y casi siempre se combatió por intereses de los países extranjeros, entre cuyas provincias llegamos a contarnos».⁶

«En Alemania se aspira, en realidad, a la monarquía universal, *porque también aquí esto resulta fácil por la comunidad de origen de todas las familias: de allí surgen las divergencias entre los distintos príncipes, especialmente los pequeños*. Supóngase que un Estado, por ejemplo Prusia, se erigiese según este modelo: entonces habría siempre guerras. ¿Una constitución federal? ¿*De dónde* {he aquí un consejo para nuestros federalistas} *debe provenir el juez más poderoso?* ¿*Quién quiere obligar a Austria o a Prusia?* Además, *¡qué esfuerzo vano!* El único remedio es *que los príncipes resignen [parte de su poder]* y se reúnan en un consejo *constituyente*. Pero ellos no querrán esto y entonces esto queda descartado. Por este motivo seguimos como otrora. *¡Los alemanes parecen destinados a disolverse en francos, rusos, austríacos y prusianos, si diis placet!*».

«Uno podría decir: se logrará gradualmente un pueblo alemán. Sobre esto: ¿cómo se puede lograr en general un pueblo en su concepto? (Grecia tampoco fue uno. ¿Qué lo impidió? Respuesta: *el Estado individual ya demasiado firme*)».

5. [Cf. *Fichtes Werke...*, op. cit., Bd. VII, op. cit., p. 547].

6. [*Idem*, p. 548].

Fichte se agita cada vez más profundamente en sus reflexiones: «Es preciso que haya una ley [que responda:] *¿a partir de qué grado* de su formación los seres humanos *ya no* se configuran más como *un pueblo nuevo*? ¿Podría yo encontrar esa ley?»; y como respuesta exclama: «¡Siempre que el *ser del pueblo* esté ya incorporado en su *ser* natural y en su *conciencia!*». En seguida explicita esta proposición más detalladamente: «Aquí hay que distinguir dos cosas: los seres humanos deben fundirse con *otro* pueblo (como quizás impresiona favorablemente a los polacos), o deben [*sollen*] formar a partir de sí mismos *un vínculo nuevo, que nunca ha existido*: ésa es la tarea de los *alemanes*. Esto es muy oscuro. El Estado mismo reposa sobre conceptos universales de la razón. ¿Qué es, pues, lo propiamente *nacional*? A mi entender: la comprensión mutua de representados y representantes. Ahora bien, hay algo sobre lo cual, con toda certeza se debe llegar a un acuerdo: *la libertad ciudadana*. Todos la quieren: no es posible un pueblo de esclavos. Por eso, no cabe *seguir transformando más* a un pueblo, ni volverlo un apéndice de otro, *si el mismo se encuentra ya encaminado en un proceso regular que lleva a la constitución libre. Para eso tiene que perfeccionarse, para asegurar su existencia nacional. ¡Ésta es una idea fundamental!*».⁷

¡Claro que es una idea fundamental! Sin embargo, requiere aún de una breve explicación para ser comprendida de manera más concreta. ¿Es un pueblo una gran multitud de gente reunida de todas partes? Ciertamente no. Para ser un pueblo es más bien necesario que esa multitud esté originariamente animada por el mismo *espíritu* idéntico y *determinado*, que es transmitido a un pueblo mediante el origen étnico, la tradición y la historia. Esto es un pueblo, aunque todavía lo es sólo *en sí*. *El pueblo recién* alcanza una realidad completa, o el ser del pueblo llega –como dice Fichte– a su *conciencia* y a su *ser auténtico*, cuando él mismo *manifiesta* y *desarrolla* también este espíritu comunitario, originario y propio. Toda la historia, todo el impulso de un pueblo no consiste en otra cosa que en la realización de ese espíritu. *Un pueblo es libre* si puede *efectuar conscientemente esta autorrealización de su espíritu*. Consecuentemente, tal pueblo no puede nunca ser conquistado o transformado en un apéndice de otro, porque en ese caso, en vez de realizarse *a sí mismo*, como hasta ese momento, estaría entregado a *otro espíritu* y a una *voluntad ajena*; y ahora, al estar así verdaderamente *dominado*, se habría transformado *de libre en esclavo*. Esta oposición concierne a los *principios*, y es por ello tan cruenta e irreconciliable que, desde que existe la historia, todavía nunca ha llegado a ser sometido desde afuera un pueblo auténticamente libre, sino que, por el contrario, movido por la energía de no querer ni *poder* renun-

7. [Idem, pp. 549-550. Salvo «*la libertad ciudadana [die bürgerliche Freiheit]*», todas las demás cursivas son de Lasalle, no de Fichte].

ciar a sí mismo, ha vencido aún bajo las circunstancias más desfavorables y luchando contra fuerzas mucho más poderosas. Pero precisamente por eso, esta energía existe de un modo necesario exclusivamente en un espíritu, *que se determina a sí mismo* y, por eso, *está imbuido de sí mismo en todos sus puntos y partes*. Pero donde un pueblo en sus relaciones internas todavía no ha conseguido desarrollar libremente su propio contenido espiritual, ni ha podido realizarse a sí mismo, sino que aún es *dominado* por estamentos, clases, etc. privilegiados, *allí tampoco se ha realizado todavía este último grado de individualidad compacta y de solidez*. Porque entre *una* de las formas de ser dominado y la *otra* no hay una oposición de principio semejante a la que hay entre autodeterminarse y ser determinado por otro. Más bien, aquí la determinación fundamental es en ambos casos común y consiste en que no existe la autorrealización del *propio espíritu*. Por eso *una* dominación puede ser sustituida por otra, a menudo sin ninguna resistencia, como, por ejemplo, cuando Austria cedió Lorena a Francia a cambio de Toscana.

De aquí se sigue el sentido profundo de las palabras pronunciadas recientemente por otro pensador agudo y completo (August Boekh en su Discurso de homenaje a Schiller, en la Universidad de Berlín, p. 8);⁸ a saber, que «*el amor a la patria sólo corresponde a los hombres libres*». Fichte, entonces, tiene razón al decir que hay un *grado de formación* en el cual un pueblo ya no puede ser ni tratado como una multitud de gente ni asimilado a *otro* pueblo. Y este *grado de formación* se resuelve en el *grado de libertad*, si un pueblo puede llevar a *su propio espíritu nacional hasta la autorrealización libre* o si—como lo expresa Fichte— «*llega al libre progreso de la constitución*». Diciendo esto uno no cae, por cierto, en el curioso malen-

8. [August Boekh (1785-1877), eximio filólogo e historiador de la antigüedad (en especial griega) fue profesor en Heidelberg y luego en Berlín, donde había estudiado con Schleiermacher; además de su actividad en la universidad berlinesa, fue miembro destacado de la Academia de Ciencias de Bayern. Se caracterizó por aplicar la filología a la historia clásica, tema al que dedicó muchas obras. Sus lecciones sobre el tema filológico-hermenéutico se publicaron como *Enzyklopädie und Methodologie der philologischen Wissenschaften* (Teubner, Leipzig, 1877), y sus trabajos menos extensos conformaron los *Kleinere Schriften*, 7 Bd., Leipzig, 1858-1874. Boekh valorizó muy positivamente el científicamente riguroso trabajo de Lassalle, *Die Philosophie Herakleitos des Dunklen*, de fuerte impronta hegelianizante (elaborado entre fines de los cuarenta y los primeros cincuenta, y publicado en 1857); a causa también de la disposición favorable de Boekh a los animadores de la *vie bohémienne* (artistas, escritores, luchadores sociales), trabó con Lassalle una amistad que mantuvieron hasta el prematuro fallecimiento de Ferdinand (recordemos: por la herida en un duelo motivado por cuestiones sentimentales). Finalmente, cabe recordar que las celebraciones recordatorias de los cien años del nacimiento de Schiller (10.11.1859) fueron motivo de discusiones y enfrentamientos respecto del espíritu de «resurrección nacional» (auspiciado por Lassalle) que debían asumir, sobre todo en las filas de la oposición, y más particularmente aún entre los exiliados, es decir en todos los que rechazaban la impronta anestesiante que los festejos podían recibir de las autoridades y/o de grupos ligados a ellas. Véase Franz Mehring, *Vita di Marx*, Ed. Riuniti, Roma, 1972 pp. 282-283; orig.: *Karl Marx. Geschichte seines Lebens*, 1919].

tendido de tomar la palabra «libre», usada por Fichte, en el sentido de los de Gotha,⁹ porque de lo que sigue surgirá de un modo aun más determinado que, según él, no puede hablarse de «libertad» donde existe, por ejemplo la dignidad de los Pares [del reino] y el carácter hereditario de la soberanía pública.¹⁰ Por lo indicado se explican, por lo demás, dos fenómenos que aquí sólo pueden ser señalados. En primer lugar, la razón por la cual sólo los pueblos que consiguen una libertad superior pueden asimilar a aquellos que están en un nivel inferior y no son capaces de engendrar la libertad a partir de sí mismos; y por qué –como yo demostré brevemente hace poco en otra parte– se puede ver en esto un progreso legítimo.¹¹ En segundo lugar, la razón de ese sentimiento instintivo de inseguridad profundamente característico, que ahora hace estremecer a Alemania con justa razón. Nos encontramos entre dos países, de los cuales uno, Rusia, a pesar de toda aparente renuncia, está destinado a querer extenderse violentamente hasta derrumbarse en su actual configuración; el otro, Francia, por cierto, no se encuentra en absoluto bajo una ley tal [como la del progreso alemán], pero, por su actual régimen, le resulta necesario buscar ocupaciones en el exterior. Entre estos dos vecinos tan

9. [Es decir, posiciones liberales de corte conservador y filomonárquicas. El líder del Partido Nacional, recientemente fundado, era von Benningsen. Desde 1867, se llamó Nacional-liberal].

10. Es decir en la Prusia de ese entonces y en la posterior. (E. B.)

11. Véase mi opúsculo: *Der italienische Krieg und die Aufgabe Preußens* [La guerra italiana y la tarea de Prusia], Franz Duncker, Berlin, 2da edición, pp. 8 ss.

[La primera edición de este breve trabajo, en la misma editorial, es de 1859. En la edición de obras lassalleanas editadas por Bernstein (Ferdinand Lassalle, *Gesammelte Reden und Schriften*. Herausgegeben und eingeleitet von Eduard Bernstein. Vollständige Ausgabe in Zwölf Bänden, Verlegt bei Paul Cassirer, Berlin, 1919), cf. Bd. 1, pp. 14-148. En la *Observación previa* que Bernstein antepone a la carta a Walesrode (que acá se traduce), recuerda su afirmación previa de que se trata de una suerte de epílogo («*Nachwort*») al escrito poco anterior, es decir, el dedicado a la guerra de Italia, donde Lassalle había dejado sin expresar lo que ahora manifiesta abiertamente. O sea que el Lassalle de 1859 no es o no sería –como se lo interpretó equívocamente– un antecesor del liberalismo nacionalista posterior, sino, por el contrario, un duro crítico de la «pequeña alemanidad [*Kleindeutschum*]», de la que hacen gala los nacional-liberales. El juicio negativo sobre Austria no es, entonces, similar al de los liberales prusianos, sino que concierne a su evaluación de la incapacidad austríaca para unificar a Alemania, tarea que no puede cumplimentar ninguna casa dinástica (tampoco la prusiana), sino que sólo la llevará a cabo la república democrática basada en la igualdad de todos quienes tienen un rostro humano. (Con lo cual –agreguemos– se opone también a los partidarios de una «Gran Alemania», pro-austríacos, i.e. de la formación de una gran confederación que la incluya, sin comprender la imposibilidad de que una dinastía reaccionaria pudiera contribuir a la formación de una estatalidad moderna). Para la opinión de Bernstein, cf. la *Vorbemerkung* a «Fichtes politisches Vermächtnis und die neueste Gegenwart. Ein Brief von Ferdinand Lassalle» (el presente texto), en Ferdinand Lassalle, *Gesammelte Reden und Schriften...*, op. cit., Bd. 6: *Philosophisch-Literarische Streifzüge*, pp. 63-64. Los reproches al opúsculo lassalleano nacieron de que su autor defiende en 1859 la actitud pro-italiana y anti-austríaca adoptada por Luis Napoleón, y no a éste ni a su política en general; pero ante estos (a su entender) malentendidos, Lassalle aclaró (por ejemplo, en cartas a Marx y a Engels) que no lo motivaba un apoyo al presunto César, sino a la causa italiana].

poderosos, compactos y que avanzan sobre el extranjero, es precisamente *este* instinto que hace estremecer a nuestro pueblo: el de [sentir] que inclusive nuestra mera existencia nacional no estará asegurada, hasta tanto no consigamos la libertad interna del país; y que, inclusive por eso, *nuestra existencia como tal* estará en realidad amenazada, mientras no sepamos transformarla en *aquella condición que se garantiza a sí misma*. Pero volvamos a Fichte.

«Esto conduce» –vuelve al punto de partida– «al concepto de la verdadera guerra: la guerra del pueblo a diferencia de la guerra del señor territorial. Aquélla está dirigida enteramente a la victoria y a la total reparación; todo el pueblo lucha y no se puede permitir perder ninguna de sus partes; no puede ceder ninguna. Si todos piensan así, entonces no hay nada por conquistar más que un territorio vacío. La otra es la guerra por la soberanía territorial y el señorío sobre los subordinados,¹² ligado a ella. Es una guerra del interés, de lo *mío* y lo *tuyo*. (El señor territorial y el príncipe son dos cosas diferentes. El príncipe es conductor, duque de los hombres libres. Donde hay un verdadero señor territorial, allí no hay pueblo. Pero si los príncipes *mismos* devienen esclavos, entonces aprenden a honrar la libertad)».¹³

«Ahora bien,» –añade– «si el príncipe sometido hace un llamamiento a *su* pueblo, ¿significa este llamamiento: defendeos, para ser sólo *mis* siervos y no los del extranjero? Serían unos tontos. Yo llevo mis bolsas, dice la fábula. (Seguramente el secreto de la guerra actual es que la carga era demasiado pesada y que nosotros sólo estamos enardecidos por *aligerarla*)».¹⁴

«Enardecidos por aligerar la carga, ¡*no por la libertad!* Esta confesión tiene algo de estremecedor en la boca del hombre que en ese entonces cerró la Universidad de Berlín y empujó a la juventud que había entusiasmado, fuera de las aulas y a la lucha; ¡en la boca de un hombre que solicitó se le permitiera acompañar al ejército a la guerra como orador militar!

Esta confesión, que Fichte hace con fría ferocidad reflexiva en su cuarto solitario, en ese instante cuando su producción rebasa de patetismo, ¡cuán tristemente ha sido justificada desde entonces por cincuenta años de historia! ¡Y cuán aññados parecen, si los comparamos, nuestros patriotas sucesivos, que aún hoy –y hoy casi más que nunca– confunden su propia falta de libertad con la libertad.

«Entonces, en la verdadera guerra popular,» –resume– «el pueblo lucha por lo que estima que es *su propia* meta, no por el interés o la *fantasía* de quien ha nacido

12. Siervos, súbditos.

13. [Cf. *Fichtes Werke...*, *op. cit.*, Bd. VII, p. 551].

14. [*Ibid.* El paso concluye así: «[y] también por cancelar la injuria de la servidumbre que, de maneras repugnantes, nos impone el pueblo extranjero y despreciable»].

y muere *apartado* del pueblo, de quien de ningún modo es uno *de los suyos*». ¹⁵ Y de repente, con su martillo de Tor oscilante para un golpe corto y estruendoso, exclama con su estilo potente y lapidario: «Principio general: un emperador alemán que tiene un *interés dinástico*, tiene al mismo tiempo el interés de utilizar fuerzas *alemanas* para sus *propósitos personales*. ¿Tiene Austria tal interés, lo tiene Prusia?» Y con dos golpes igualmente cortos y precisos se responde: «Austria, sin duda: *Italia*, los Países Bajos, sus provincias aleñañas a Turquía la arrastran hacia *conflictos ajenos*, no alemanes». {¡Consejo para nuestros simios patriotas del año 1859, que consideraban como una tarea *alemana* ponernos bajo yugo austríaco para someter a Italia! Desde luego, junto a Venedey, Fröbel y los políticos de la *Augsburger Allgemeine Zeitung*, ¹⁶ inclusive el autor de los *Discursos a la nación alemana* se hunde como un «traidor a la patria».} ¹⁷ «En Italia,» –continúa Fichte–

15. [*Idem*, p. 553. Las cursivas son de Lasalle. El párrafo concluye: «Pero la verdadera meta es algo infinito, a lo cual sólo es posible aproximarse. Es el tema de la constitución, que se desarrolla acomodadamente: la república; no la arbitrariedad, bajo ningún aspecto»].

16. [El político y escritor Jacob Venedey (1805-1871), a causa de su crítica al orden jurídico prusiano debió abandonar los territorios renanos bajo dominio berlinés. Fue también encarcelado por su activismo político, pero logró escapar a París, donde fundó la Unión de Trabajadores de Talleres y editó el semanario *Der Geächtete* [*El proscripto*]. En 1848 volvió a Alemania y fue miembro de la Asamblea Nacional en Frankfurt. Su posición, pionera en la izquierda alemana, favorecía la unidad de una «Gran Alemania», en clave antiprusiana. Publicó una *Geschichte des deutschen Volkes* en cuatro volúmenes (1854-1862); pero antes y después de esta obra escribió diversos trabajos sobre las culturas inglesa, francesa y alemana, y sus interrelaciones: *Die Deutschen und Französer nach dem Geiste ihrer Sprachen und Sprichwörter* (1842); *John Hampden und die Lehre vom gesetzlichen Widerstand* (1843, 1865); *Machiavel, Montesquieu, Rousseau* (2 Bde., 1850); *Die deutschen Republikaner unter der französischen Republik* (1870).

Friedrich Wilhelm August Fröbel (1782-1852) desarrolló una intensa actividad teórica, práctica y, en este sentido, concretada institucionalmente en el plano educativo, bajo fuertes influjos de las doctrinas de Pestalozzi. Fröbel aplicó las nuevas ideas a la pedagogía infantil, desde la temprana edad, plasmandolas concretamente en los *jardines de infantes*].

La *Augsburger Allgemeine Zeitung* es la continuación –publicada entre 1807 y 1882 en la ciudad bavaresa de Augsburg– de la *Allgemeine Zeitung*, fundada en 1798, en Tubinga, por Johann Friedrich Cotta. El (desde 1810) diario sigue publicándose en la actualidad; y ya en aquella época era uno de los periódicos más importantes, de tendencias liberales moderadas. En la historia del socialismo, son famosos los artículos de Marx en la *Rheinische Zeitung* de Colonia, donde –en 1842 y 1843– publicó escritos destacables, como también lo hacían numerosos jóvenes hegelianos y pensadores críticos (Hess, A. Ruge, Jung, los Bauer, Stirner, Köppen, Engels desde Berlín y desde Inglaterra, entre otros), como también publicistas de ideas progresistas liberales, poetas, y estudiosos (v. g. Herwegh, Fröbel). Contratacando con seria sutileza y lograda ironía, Marx rechaza las críticas que al «jacobinismo» y al «comunismo» francés difundidos por el diario renano le hace el de Augsburg. Cf. particularmente Karl Marx, «Der Kommunismus und die Augsburger „Allgemeine Zeitung“», publicado en la *Rheinische Zeitung*, Nro. 269 del 16.10.1842, en *Marx-Engels Werke*, Bd. 1, Dietz-Verlag, Berlin, 1972, pp. 105-108. En ocasión de la guerra de Italia, la *Augsburger Allgemeine Zeitung* favorecía la alianza con Austria, con vistas a una Confederación alemana, en contra de los planes de Luis Napoleón].

17. Habría tenido también su aplicación para 1914. (E. B.).

«el interés austríaco exige que haya Estados pequeños, desprotegidos. Los celos de Francia están allí vigilantes. Los Países Bajos: *¡esa piedra del escándalo, debe ser removida de una vez por todas!*».¹⁸ {Como lo indican estas palabras, Fichte quería ya entonces que esos países se separaran de Austria}. «Entonces» –resumee– «Austria *no* puede ser la sede del emperador [*nicht Kaiser sein*]».

«¿Y Prusia?», se pregunta luego y da una respuesta profética: «Es un Estado propiamente *alemán*. Como sede del emperador no tiene en absoluto *ningún interés* de someter, de ser injusto; presuponiendo que en una paz futura le serán restituidas sus provincias del mismo linaje, simultáneamente ligadas a Prusia por el Protestantismo. *Pero el espíritu de su historia hasta la actualidad la obliga a progresar hacia la libertad, a dar los pasos hacia el imperio.* {Como muestra lo que sigue, Fichte entiende por esto el establecimiento de un imperio alemán unido e indivisible, no federativo.} *Sólo así ella puede continuar existiendo; si no, perece*».¹⁹

Fichte se abisma en nuevas reflexiones con estas palabras: «Sin embargo, ante todo habría que comprender con más precisión aún la diferencia entre ciudadano y súbdito, la cual no es tan fácil como puede parecer al principio. El primero vive sólo para los fines que él mismo determina. Yo mismo di a entender esto más arriba; pero no se puede formular así. Nadie es capaz de vivir *sólo para eso*, y no se puede volver a sustraerle *totalmente* a nadie la capacidad de ponerse sus propios fines en algún ámbito. ¿Es la servidumbre, el trabajo para otro sin la debida retribución, un signo seguro para distinguir al súbdito? Esto apenas cuadra en la relación con el príncipe; aunque sí, y exclusivamente, en la relación con la *nobleza*. Una característica que la distingue con seguridad parece ser la *desigualdad* de nacimiento. ¡Totalmente correcto! Porque sólo el *género humano* es fuente de derechos y obligaciones. Pues al que nada obliga, que no sea en general un *estado de derecho*, ése es precisamente un ciudadano. El que está obligado por otra cosa (que puede ser *solamente la violencia*) es *súbdito*, sometido constantemente a la violencia que acecha permanentemente sobre él y que está incluso por fuera de la ley igual».²⁰

«Así el príncipe; al menos, dice: tu debes aceptarme a mí, a mis herederos y a mis sucesores como los intérpretes más altos de tu voluntad jurídica. De otro modo, tu no tienes permitido habitar este país. (¿No dice claramente esto el juramento de fidelidad?)».

«Puesto que el príncipe es sólo uno y los súbditos son *todos*, entonces esos [cercanos a él] *no* obedecerían, si no fuese más ventajoso responder a *uno* que

18. [*Ibid.* Todas las cursivas son de Lasalle].

19. [*Ibid.* Todas las cursivas son de Lasalle].

20. [*Idem*, p. 557].

responder a todos. Por eso el príncipe *necesita partícipes de su poder*, quienes encuentran *ventajoso* mantener a la muchedumbre en la obediencia. El príncipe les concederá a ellos, por eso, el derecho a que otros les presten cierta servidumbre, (porque el príncipe se reserva para sí el derecho a la servidumbre absoluta, la soberanía) y, por cierto, a la *seguridad recíproca* y al *beneficio duradero*, y que, en el mejor de los casos, será *hereditario*. Así es preciso {“es preciso”, dice Fichte, y está totalmente de acuerdo con la *Kreuzzeitung* en la omnipotencia de los partidos de centro:²¹ es verdaderamente asombroso comprender esta afirmación que aún se demostrará de modo más profundo, pero que ya es sencilla y transparente hasta la evidencia en la forma en la que Fichte la presenta} [así es preciso, entonces,] que en tales Estados exista la *nobleza hereditaria con sus privilegios*, esto es con el trabajo prestado a ellos gratis (Montesquieu tiene razón). Uno se entera por la enseñanza de los teólogos que es la voluntad de Dios que se obedezca al príncipe. Al *derecho*, sin dudas. En esta afirmación no se eleva uno ni siquiera a la idea del mismo, sino que se lo confunde con la voluntad del príncipe. Pero, ¿en qué se basa esta interpretación? Es la voluntad positiva del *demonio*; que Dios la permite, sólo para que nos *liberemos* de ella».²²

Uno ve que, a pesar de Leo,²³ Fichte sabe razonar con las formas de Dios y el diablo. Claro que con otro contenido.

Y alegre con la claridad que él mismo logró, proclama:

«Ahora está precisado el concepto opuesto: el *ciudadano* está obligado en realidad *sólo por el derecho en general*. Así también el juramento solemne (por ejemplo, del súbdito) es una promesa *bien pensada*. Ahora bien, el ser humano no *puede* prometer nada, no *puede comprometerse a nada* que esté *en contra de su destino*. Prometer esclavizarse es absolutamente contrario al derecho. Para ir al fondo de la cuestión: en mi opinión sólo son contratos válidos los exigidos por el derecho».²⁴ Pero si incluso el contrato y el derecho jurídico fuesen suprimidos, ¿en dónde residiría la sublime virtud de la lealtad? ¿No debería Fichte –el idealista alemán que

21. [La *Kreuzzeitung* es, desde 1851, el periódico del ala derecha del partido conservador en Prusia, entre cuyos dirigentes se destacan E. L. von Gerlach y H. H. von Kleist-Retzow].

22. [*Idem*, p. 558].

23. Se refiere al historiador reaccionario Leo. (E. B.).

[Heinrich Leo (1799-1878) inicia su docencia en Berlín, pero su pelea con von Ranke en 1827 lo obliga a alejarse y, gracias al apoyo que le brinda Hegel, la prosigue en Halle (1828). Se especializó en historia de Italia (v. g. su *Geschichte der italienischen Staaten* en 5 tomos: 1829-1832), tradujo a Maquiavelo, y entre sus otros trabajos se destacan también los dedicados a los Países Bajos. Colaboraba en la *Kreuzzeitung*, donde exponía sus posiciones políticas conservadoras].

24. [*Idem*, p. 559 y 560. En rigor, entre la primera frase (que termina: «[...] *en general*»), y la siguiente (que empieza: «Así también [...]») hay un salto de una página y media. Salvo «*ciudadano*», en la primera frase, y «*bien pensada*», en la segunda, las otras cursivas son de Lasalle].

tan lejos estaba de la «frivolidad latina» de los franceses; Fichte, ese reconocido modelo de moralidad y pureza estrictas— haber considerado esta virtud? ¡Ciertamente! Y no adeuda una respuesta a los caballeros de la *Kreuzzeitung* de ese entonces y de hoy mediante la siguiente respuesta: «El habitual *honor de la nobleza*, la *lealtad a un señor*, es una virtud de los perros: sólo una *imagen* y un *símbolo* de la lealtad frente a la *ley interior*; la fe política del carbonero profesada por pereza. Los seres humanos no son tan carentes de convicción moral; pero buscan por doquier almohadones para descansar».²⁵ Fichte se concentra ahora y relee lo escrito hasta aquí. Ante todo, le choca la contradicción entre la inadmisibilidad filosófica y la existencia histórica del príncipe. ¿No debería haber *una* reconciliación entre ambas? Y apunta: «En la lectura de un escrito político. Admito la existencia histórica del déspota. Pero, ¿qué deben hacer los otros, los que lo reconocen? ¿Ningún cargo puede heredarse y el cargo de príncipe sí? ¿Obligaciones de los príncipes? ¡Se pavonean diciendo cosas magnas, pero en verdad son puras fantasías! {es decir, cuando admiten tales obligaciones.} La primera sería el de no estar presente en esa forma. Si ellos no cumplen con las obligaciones, entonces ¿uno no debería obedecerlos? ¿Quién debería juzgar, pues? Aquí tenemos una contradicción».²⁶

Y luego de constatar la contradicción de manera tan tajante como es posible, intenta su solución teórica. «Para hacer más ligera una oposición segura entre lo histórico y lo filosófico: no *debe* existir un príncipe; nadie debe presumir que *él* enuncia el derecho».

«En cambio, es preciso que los seres humanos *sean obligados* por el derecho. Esto lo puede hacer cualquiera que, precisamente, lo ejecuta; ése es, pues, el *déspota y príncipe*; en *este* terreno, el título jurídico para él reside en el *hecho de la ejecución* y en la confianza que él encuentra. Pero el *verdadero* título jurídico puede ser sólo el *derecho universal*. El principal propósito del príncipe debe ser por eso *hacerse a sí mismo superfluo como déspota*».²⁷ Es sólo bajo la condición de este propósito de suprimirse a sí mismo, que Fichte le concede legitimidad al príncipe. Pero esta justificación aún exige para su comprensión en sentido fichteano una breve explicación. Esa condición se cumple —según él— sólo mediante *una educación que justifique y supere la coerción ex post*,²⁸ *una educación de todos para la propia comprensión [Einsicht] y la libertad*. Bajo la condición de un tal querer y obrar *cada uno puede* —y esto es el pensamiento fundamental profundamente ético,

25. [*Idem*, p. 561].

26. [*Idem*, p. 563 y 564. Entre las primeras frases (que concluyen con «lo reconocen»), y las siguientes, Fichte saltea una veintena de renglones. La traducción atiende al original, que Lasalle modifica levemente].

27. [*Idem*, p. 564. Fichte omite algunos renglones. La mayoría de las cursivas son de Lasalle].

28. Posteriormente.

profundamente revolucionario de su completo sistema de derecho estatal— *obligar a todos los demás a someterse a lo jurídico objetivo*. Para él, *la coerción para la libertad es ética* en el más alto grado, y el criterio para distinguirla de la coerción no ética consiste precisamente en que la primera aspira, mediante la educación para la libertad de los que todavía no han desarrollado su inteligencia y aún no son libres, a *suprimirse a sí misma*. Fichte expresa este pensamiento brevemente en su primer excurso a la *Doctrina del Estado*, escrita en el mismo año que estos fragmentos (vol. VII, p. 578): «Toda institución [*Errichtung*] del imperio y de la ley jurídica proviene de una oposición y es la real solución a ella. Estar sometido a la *ley jurídica* significa estar sometido a la *propia comprensión*. Pero para el derecho, para el derecho propiamente dicho y universal, cada uno puede someterlo a su propia conciencia, independientemente de los otros lo reconozcan o no. Ahora bien, no obstante esto, el derecho de cualquiera es sólo seguir su propia comprensión del mismo [en su fuero interno]: por esto, resulta formalmente lesionado por la coerción».

«El verdadero Estado (conforme a derecho) es sólo aquél que soluciona esta contradicción enérgicamente. El eslabón mediador ya se ha encontrado, a saber: *la educación de todos para la comprensión del derecho*. Sólo cuando el Estado coercitivo cumple con esa condición tiene él mismo *derecho* a existir, porque prepara en ella su propia *superación*».²⁹

Es el mismo pensamiento profundo que atraviesa por todos lados las notas que estamos considerando. Por eso —en la página 561 de los mismos— observa, de una manera que reconcilia el Estado histórico con el Estado de la razón, lo siguiente: «Sin embargo, toda esta cuestión [del despotismo] recibe una luz que la disculpa desde la perspectiva histórica. *Es preciso obligar* al ser humano a la condición jurídica. Eso, pues, es lo que hace el supuesto señor feudal, esto es, el *déspota* en general. Así surge una opinión más moderada. El género humano está bajo coerción. El género humano se desliga de la coerción. Esto último mediante la *comprensión* del derecho. El derecho debe simplemente existir y *quien no pueda comprenderlo por sí mismo debe ser obligado*». {Hoy, cuando todo amenaza hundirse en la vanidad y en el vacío del liberalismo —que basa todo sobre el arbitrio personal— como en un cieno desagradable, es el momento de recordar nuevamente esa determinación conceptual, elevada y objetiva. Ella es conservada íntegra, precisamente por el gran continuador de Fichte: Hegel, en el cual *parece imponerse por la fuerza como el derecho objetivo de la idea*.} «Así —continúa Fichte— pueden ser juzgadas todas las relaciones, las cuales, si se las juzga desde el Estado

29. [*Idem*, p. 574. Se trata del excurso: *Sobre la institución del reino de la razón*, en pp. 574-589].

racional ya desarrollado, parecen duras y contrarias al derecho: estas relaciones constituyen estadios previos de este Estado, condiciones sin las cuales éste jamás podrá alcanzarse. El príncipe no tiene derecho ni siquiera a obstaculizar la *educación* (todos los obstáculos al Iluminismo fueron tales impedimentos a la educación); pues en este caso sería claro que en esas instituciones de la coerción, ese príncipe no tiene presente *el derecho*, sino sólo *su poder*». ³⁰

Por ello, en el último pasaje citado, ³¹ después de haber explicado que el título legal del príncipe sólo puede consistir en el propósito de hacerse a sí mismo *superfluo* como déspota, Fichte exclama: «El *carácter hereditario* del despotismo no puede ser establecido. Ni fácticamente el talento para mandar, ni conceptualmente el derecho para gobernar pueden ser dejados como herencia. La máxima de la *transmisión hereditaria* del dominio es, por eso, la *verdaderamente* contraria al derecho y al concepto. En ese sistema {de transmisión hereditaria}, el señorío despótico es *una posesión*; es, pues, *la tiranía*; *la coerción por la coerción misma*».

Concluye, entonces: «*La educación para la libertad* es la primera *obligación* del déspota. *La transmisión del poder no puede ser en absoluto hereditaria*. Pues, desde tales perspectivas, *¿cómo puede llegarse a la libertad desde el presente punto?* Si algún *príncipe* lo quiso, la *nobleza* seguramente no. (Para *fusionarse* con la alemanidad, para *sumergirse* en ella y *abandonar sus intereses estamentarios*: para esto, los nobles son muy limitados). Entonces, *¿se requiere un déspota para la alemanidad*. No importa quién fuere: *¿que nuestro rey se gane este mérito!* Luego de su muerte, un Senado; la cosa puede ponerse en marcha al instante». ³²

«*¿Que nuestro rey se gane este mérito!*». *¿Así viene convocándolo desde hace cincuenta años el pueblo alemán, paciente, demandante, animado y nuevamente con la fe de su esperanza a través de su desierto político, y sólo el eco glacial le devuelve su voz que rompe en los fríos peñascos!*

30. [*Idem*, p. 561. Salvo «*déspota*», todos los otras cursivas del texto fichteano son de Lasalle].

31. [Se trata del párrafo (en *idem*, p. 564), al que se refiere nuestra nota 27, y que ahora Lasalle completa. Las cursivas son suyas].

32. [*Idem*, p. 565. Las cursivas son de Lasalle, quien –creemos que significativamente– omite la última frase del párrafo, donde Fichte alude a la importancia de una fuerza militar para el logro y conformación de la unidad alemana: «(Precisamente la Legión alemana debe dar inicio a la alemanidad)». La *Königs Deutsche Legion*, fundada en 1803 y disuelta en 1816, luchó ininterrumpidamente contra Napoleón en distintos frentes europeos, desde España a Dinamarca, destacándose en Waterloo, pero siempre lo hizo integrando los ejércitos ingleses. Se formó en las Islas Británicas cuando muchos oficiales del ejército del Electorado de Hannover, ante el triunfo napoleónico, se exiliaron en Inglaterra, cuyo rey Jorge III era también Elector hannoveriano. La Legión llegó a enrolar a más de veinte mil hombres, distribuidos en cinco regimientos de caballería, 8 batallones de infantería, cinco baterías y un cuerpo de ingenieros, que no llegaron a actuar nunca unidos, sino como destacamentos de distintos ejércitos bajo mando británico].

¡Ay! Al pueblo alemán le va como al joven de Heine, que inquiere a las estrellas:

Las estrellas brillan indiferentes y frías
¡Y sólo un *loco* espera respuesta!³³

Fichte mismo descubre en estas mismas Notas –como veremos luego– por qué eso no ocurrirá, por qué eso *no puede ser*.

En el último párrafo citado, Fichte menciona por segunda vez en estas mismas Notas a la nobleza como el principal impedimento para una configuración nacional del pueblo todo [*Volkswesen*]. Sin embargo, uno no debe pensar por eso que fuera presa de un odio prejuicioso contra ese estamento. Más bien lo defiende expresamente del reproche de que sería un estamento «malvado y violento», lo que poco puede asombrar, si se tiene en cuenta que Fichte no tuvo la experiencia de la reacción [antirrevolucionaria] existente desde 1849. Él la defiende aquí «porque», dice textualmente (p. 523) «a la mayoría [del estamento noble] le faltaba la fuerza, [y no es que fueran tan malvados y violentos,] sino que eran por lo general tontos, ignorantes, cobardes, haraganes y abyectos». Además Fichte no sólo dice y se limita a probar que eso *sea así*, sino que también prueba por qué *es preciso que sea así*; y el lector puede consultar esta prueba, conducida con una lógica muy precisa desde la página 519 a la 523.³⁴

Volvamos al pasaje dónde estábamos.

Fichte siente que todavía no ha dado suficientemente cuenta de la peculiaridad de nuestra situación, de las razones de nuestra falta de esperanzas, de la más íntima naturaleza [*Beschaffenheit*] de nuestra miseria y de los únicos medios que pueden conducir a superar todo esto. Se vuelve nuevamente, como si aún no hubiese escrito nada, a la investigación de las fuentes más íntimas de nuestra enfermedad; y ahora fluyen, compitiendo entre sí bajo su pluma, las afirmaciones portadoras de las ideas más profundas, los retratos más populares y más elocuentes, como también, entre otras cosas, la *historia precisa de los años pasados*. Tan cierto es que en la realidad no puede aparecer nada que no provenga del pensamiento, y que éste es capaz de reconocerla con mucha anticipación y de predecir sus fenómenos.

En vez de permanecer en la exterioridad superficial de las cosas y limitarse a eliminar algún determinado aspecto exterior de nuestra calamidad, como hacen

33. [Se trata de los últimos versos del poema «Preguntas», del Segundo Ciclo de *Mar del Norte* (1825-1826), de Heinrich Heine (1797-1856). Heine y Lassalle mantuvieron una relación amistosa, nacida durante la estadía del segundo en París, y el primero supo elogiarlo en conversaciones y en su epistolario con terceros].

34. [El párrafo corresponde al fragmento del período 1806-1807: *Un episodio de nuestra época, narrado por un escritor republicano*: cf. *Fichtes Werke...*, *op. cit.*, Bd. VII, pp. 519-529].

nuestros políticos atascados en el día a día, Fichte toma con mano firme la raíz de las cosas. *El concepto de federación* es lo que representa esa calamidad y mientras domine –no importa bajo qué forma– nuestra configuración política, tiene que excluir de nosotros el *ser del pueblo* y su carácter de pueblo *alemán*. Nada es más lamentable que la pobreza intelectual de nuestros políticos progresistas, quienes creen poder darnos un progreso y una unidad popular mediante una *forma modificada cualquiera de la federación*. Nada más ridículo que el desconocimiento de sí mismos de esos revolucionarios –y aquí podríamos mencionar una serie de nombres democráticos de los más acreditados– que quieren dividir Alemania en un número o una dualidad de repúblicas federales y, así, *eternizar* nuestro desgarramiento y nuestra carencia de pueblo. La federación es justamente eso de donde provenimos; eso que constituye nuestra historia hasta ahora; eso que hemos agotado en todas sus formas; eso que tiene que ser superado, si es que debemos [*sollen*] ser capaces de un futuro nacional glorioso. Afortunadamente la federación es también lo que se derrumbará antes que nada y lo que tiene que derrumbarse bajo los primeros golpes del martillo de la necesidad. Todos esos republicanos federativos son por eso no sólo tan enteramente *reaccionarios como los confederados*, sino que son inconscientemente hasta tal punto más reaccionarios, que pretenden vendernos un contenido antiguo, rancio y reaccionario bajo la atractiva *forma de la nueva libertad*. Esto no es para asombrarse, porque en cada gran giro del mundo acontece que politicastos, que no pueden elevar su mirada al *pensamiento*, sino que son revolucionarios sólo en su propia fantasía, mantienen dominada el alma por la realidad empírica, incurren en el curioso *quid pro quo* de, justamente, tomar aquello que se termina como si fuese el contenido de los tiempos nuevos. Frente a esta gran oposición entre *federación* y *unidad popular* se vuelve relativamente insignificante inclusive la oposición entre *monarquía* y *república*; y creemos muy en serio que incluso aquellos que quieren un imperio alemán hereditario, monárquico y único con completa anulación de 35 subsoberanías, aunque sea conservando todos los floreos, borlas y sentimentalismos de la época de las asociaciones estudiantiles, de todas maneras se encuentran en un *grado mucho más alto de inteligencia y verdad política que nuestros republicanos federativos*.

Démosle la palabra a Fichte. Mientras que muchos de nuestros líderes democráticos de 1848 y aún hoy adolecen toda comprensión de esta cuestión, le correspondía naturalmente a Fichte ponerse en claro sobre este asunto, ya en 1813.

Y retoma sus consideraciones. «Sobre el disfraz de la totalidad. A los *alemanes* que se han elevado al concepto de libertad: ¿es posible un imperio alemán, una ciudadanía en *oposición* a la *confederación*? Prueba de que nunca ha habido una ciudadanía *alemana* ni la hay, ni la puede haber sin la *transformación completa de todas las condiciones políticas*. Si los más fuertes lo quieren o si los que lo quieren,

como yo lo quiero sinceramente, son *los más fuertes*, entonces está bien. Pero—agrega suspirando— «yo dudo mucho de esa unificación».³⁵

Nuevamente se arrebatata su alma luchadora. «Sin embargo,» —exclama— «*Dios tendría que compadecerse, si es que un pueblo alemán no debiese existir*. Porque además de la conciencia de los pueblos individuales, ciertamente hay para el espectador *un carácter común*. Y esto es precisamente lo que es digno de atención: el carácter de los otros pueblos se genera a través de su historia. Los *alemanes* como tales *no* tienen historia en los últimos siglos; lo que ha conservado su carácter es, por eso, algo simplemente *originario*. Han crecido *sin* historia. (La *literatura* como lo *unificante* todavía es joven)».³⁶

Estas palabras retumban para nosotros como si provinieran del mundo de los espíritus, aclarando, de paso, el júbilo por Schiller del año pasado. Pues en la *unidad espiritual* de su literatura —que tampoco se desmembra en absoluto de manera federalista en un espíritu alemán del sur y del norte— es donde nuestro pueblo ve la garantía de su *propia* unidad espiritual y, por consiguiente, *el empeño alegre de su propia resurrección nacional*. Pero, ¡qué habría dicho Fichte si hubiese sabido que cincuenta años después de sus palabras, la unidad literaria todavía sería el único evangelio de la unidad política por venir!

Con renovada agudeza, Fichte se vuelve al enemigo originario, al *federalismo* y a su profunda *oposición* al *concepto de pueblo* y lo trae a la luz mediante explicaciones largas y sobremanera ricas. «Hay que captar con nitidez la diferencia entre *confederación* y *unidad imperial*. ¿Tienen los pueblos alemanes aislados: Sajonia, Baviera, una *unidad nacional* en sí, o es su interés meramente *el interés dinástico de sus príncipes*? *Esto es importante* {sí, claro, importante}. Un pueblo se *comprende* a sí mismo como tal sólo mediante su *historia*; así los sajones mediante la Reforma común y las luchas para lograrla; no así los bávaros, recién civilizados y superficialmente unidos. Los de Westfalia, se dice: ellos habrían guerreado mutuamente en otro tiempo.³⁷ En la Guerra de los Siete Años estaban Hannover, Braunschweig y Kessel en el partido prusiano; Münster, Osnabrück, la auténtica Westfalia, estaban en su mayor parte del lado del imperio. Esto se manifiesta en la conciencia del pueblo ahora del siguiente modo: hemos guerreado contra esos tipos malditos, los de Westfalia, dice el de Hessen, no contra nosotros mismos. Pero ahora debemos guerrear contra nuestros antiguos paisanos, los prusianos. ¿Esos ya no son *nosotros*? Entonces *la unidad del pueblo* consiste en el *abarcar en un único si-mismos his-*

35. [Cf. Bd. VII, p. 565].

36. [*Ibid.* Las cursivas son de Lasalle, quien limita el paréntesis a la última frase, aunque en realidad comienza después de «carácter común»].

37. Cuando Fichte escribe esto, existía aún el reino de Westfalia, creado por Napoleón. (E. B.)

tórico o en el *excluir* fuera de él. Entonces, los de la nueva Westfalia, ¿es a partir de una orden que deberían comprenderse como *unidad* [Eins], como un *nosotros*, y abandonar todo lo que antes habían abarcado? ¿Puede esto ser ordenado?». ³⁸

«Una historia más *rica y brillante* da un carácter nacional más tenaz (esto eleva al prusiano por sobre el sajón); del mismo modo, si uno da al pueblo más participación en el gobierno, esto permite el juicio libre en conjunto; se lo utiliza no como una máquina muda, sino como un colaborador consciente y elogiado (esto eleva a Prusia sobre Austria)». ³⁹

«*Orgullo nacional, honor, vanidad* se adhieren por ello, como en el individuo, al *todo* y sirven para fortalecer el lazo» {que abraza a la nación particular; de manera que –también en *cada* forma de federación– sirve para eternizar el desgarramiento de la unidad alemana en el espíritu del pueblo}. «El individuo quiere utilizarlo para elevarse como individuo ante sí mismo y entre los extranjeros. Yo soy un *sajón, prusiano*; esto debe hacerlo parte de las conocidas preferencias del pueblo. Se reprocha a los alemanes que no tienen orgullo nacional. ¿Cómo podrían tenerlo, considerando que ellos *no son alemanes*? Pero los prusianos, los sajones lo tienen. ¡Un estudiante de Leipzig, un erudito de Berlín de la época de la Ilustración, un oficial de reclutamiento prusiano! ¿O ustedes han oído pronunciar a un sargento primero austríaco “Nuestro emperador”? Desde luego era un *encaprichado orgullo rústico, y ha sido éste, más que toda otra circunstancia, lo que ha distanciado los corazones de los alemanes. Ahora*, y dado que vosotros permitís que [los alemanes] se distancien, [en cambio] los jóvenes enardecidos y arrebatados por el sentimiento popular, cuando se presenten las ocasiones para llegar a un acuerdo, ¿habrán de abandonar esta mala manera [de relacionarse]? ¡*Yo me temo* {uno escucha la siguiente predicción y explicación de nuestro pasado más reciente, escrita en 1813, en el momento del más alto entusiasmo y excitación del sentimiento de unidad nacional y, por eso, verdaderamente maravillosas} [retomemos:]; *Yo me temo que vosotros esteis sembrando un nuevo odio! Vuestro príncipe, su corte resplandeciente, su aspecto y dignidad exterior* y brevemente, lo que *fuere*: todo les sirve para la excitación de la vanidad. Incluso las brillantes cadenas de los esclavos. Quien quiera sentir orgullo, siempre encuentra una razón: el tipo rústico y vulgar la encuentra en sus pantalones de cuero. Pero *un pueblo quiere sentirlo siempre y no puede abandonarlo en absoluto; de otro modo no permanece en absoluto activa la unidad del concepto en él*». ⁴⁰

Fichte explica aquí, en su profundidad intrínseca, el fenómeno que especialmente el año pasado ha apenado tan seriamente a todos los patriotas alemanes, la *vani-*

38. [*Idem*, pp. 565-566. La mayoría de las cursivas son de Lasalle].

39. [*Idem*, p. 567].

40. [*Idem*, pp. 567-568].

dad de los linajes alemanes unos contra otros, de la cual derivan sus *celos* mutuos y nuevamente su amargura que los hace confrontarse. Pero, tal como Fichte indica muy correctamente, esa vanidad es sencillamente *inevitable*, mientras los linajes estén unidos mediante un *lazo especial* al sí-mismo particular [de cada Estado]. Esa vanidad es la «*unidad del concepto*», que mantiene la consistencia del Estado particular. Ella no es otra cosa que la *valorización* puesta en el *sí-mismo particular* y sin esta valorización, la unidad del Estado particular se derrumbaría inmediatamente y caería por eso en la esfera de atracción de otros linajes. Por ello, es preciso que esa vanidad exista, con sus consecuencias: los celos, la amargura –prescindiendo de los breves momentos, especialmente favorables en los cuales, como por ejemplo en 1848, el sentimiento del pueblo es eficaz–, que exista como una sensación permanente que hace temblar con vibraciones más o menos fuertes a la masa de los que no piensan, mientras los linajes alemanes particulares se unen en *unidades particulares*, mediante *cualquier tipo* de forma federalista. Si eso ocurriera en la forma de *dos* o más *repúblicas federativas*, entonces –a causa de la libertad desatada, que aquí impera, y de la valorización de las diferencias estatales, que es naturalmente mayor en las repúblicas– sólo aumentarían la vanidad, los celos y la amargura, y esto conduciría a la *obra más espantosa de destrucción mutua*, mediante la cual un pueblo se haya aniquilado alguna vez a sí mismo.

Fichte continúa diciendo: «Sin embargo, el *orgullo nacional alemán*: ¿sobre qué habría debido fundarse?»⁴¹ Pues, ¿qué lazo hemos tenido y qué historia común? En la guerra contra Turquía estuvieron [unidas] las tropas de Brandenburgo, Sajonia y otras auxiliares. En las guerras contra Francia, en las Guerras de Sucesión estuvieron separadas. Por último, la guerra de la Revolución no fue considerada por los príncipes en absoluto como una guerra del pueblo. También aquí se dividió inmediatamente el imperio alemán. Las ulteriores consecuencias destructivas de esto para Alemania están a la vista. Así se deshicieron los lazos».

«¿La literatura como asociación nacional? Pues, ¿quien *conoce* la literatura más que los mismos doctos? Nosotros nos *despreciamos* mutuamente. {Con que sinceridad terrible presenta Fichte esta confesión}. El distinguido prefiere incondicionalmente la literatura francesa o inglesa. Y entonces, ¿qué protestante extiende tan fácilmente sus conceptos sobre la literatura alemana también al mundo católico [*das Katholische*]? El docto extrae sus concepto de alemán de la historia o de incitaciones más recientes, de la época de Klopstock. Sólo allí existe uno propiamente tal. ¿En qué le concierne esto al pueblo? ¿Cómo puede proceder de la batalla de Arminio un lazo asociativo de una posteridad tan

41. [El texto de Fichte sigue acá con esta frase: «Desde la Reforma, ciertamente ninguna», que Lassalle omite].

cambiante? Ese espíritu se ha extinguido y quién sabe dónde están los *descendientes* de esos luchadores». ⁴²

«La guerra *por* Napoleón, por cierto, no ha sido popular, pero ella ha agitado mucho la mezquina vanidad nacional y los viejos sentimientos de venganza. Los sajones, los antiguos, defendiéndose contra la cobardía, finalmente han aprendido a vencer. Los *bávaros*, los nuevos y *por ello ávidos de llegar a ser*, de lograr una historia gloriosa {en estas pocas palabras –«*ávidos por llegar a ser*»– yace la clave de todas las intrigas del gabinete bávaro, tanto de las que ha tejido el año pasado, como de las que tejerá eternamente en el futuro, mientras exista}, tienen una especie de unidad popular, porque ellos habían conservado un príncipe alemán y también porque no fueron arrancados de ninguna unidad popular significativa. Con los de Westfalia, que, como los de Hessen, Prusia y Braunschwig, fueron separados de su peculiar historia, no ocurrió lo mismo».

«(Con la Asociación del Rin, Bonaparte quería sólo proclamar y asegurar *para siempre lo que ya estaba allí y era manifiesto*. ¿Qué está en juego aquí? Solidificar una *ley natural*, producirla *artificialmente*. Es decir: ¿por qué esto ocurrió de tal modo que los príncipes más pequeños del Rin debieron recurrir a Francia? Porque ellos mismos tuvieron que interesarse por su conservación, ya que la Federación imperial no era capaz de protegerlos. *Todas las federaciones son conservadas sólo por medio de ventajas o de la superioridad de la fuerza. Un concepto duradero de unidad popular no puede proceder de ellas*. Por ende, si nosotros *no tuviésemos presente* la opinión de lo que Alemania tiene que llegar a ser, entonces no importaría nada que sobre una parte de Alemania dominase un *mariscal francés, como Bernadotte, ante cuya mirada, al menos al comienzo, desfilaron entusiasmantes imágenes de la libertad*, o que mandase un *hinchado hidalgo alemán, sin moral, con brutalidad y desvergonzada arrogancia*». ⁴³

42. [*Idem*, pp. 568-569. Las cursivas son de Lassalle. En el año 9 de la era cristiana, Arminio (o Hermann), jefe de los cheruscos (que había sido educado en Roma y combatido en el ejército de Octavio Augusto), junto a otras tribus germánicas, aniquiló a las legiones romanas comandadas por Publius Quintilius Varus en los bosques y pantanos de Teutoburgo. Distintos autores alemanes modernos hicieron de tal batalla el tema de sus trabajos literario-políticos, es decir la *Hermannsschlacht* como símbolo del nacimiento de una nación y una cultura alemana independientes y autóctonas, por haber evitado el sometimiento a Roma: F. G. Klopstock (1769), H. von Kleist (1809) y C. D. Grabbe (1838). Heine se refiere a la batalla de Arminio en el cap. XI de su famoso *Deutschland, ein Wintermärchen*. En los *Discursos a la nación alemana* (publicados en 1808 por la Realschulbuchhandlung de Berlín; y en 1824 por Herbig, en Leipzig), a los que Lassalle remite siempre elogiosamente, Fichte alude a ella en el «Octavo Discurso»: cf. *Reden an die deutsche Nation* durch Johann Gottlieb Fichte, en *Fichtes Werke...*, *op. cit.*, Bd. VII, pp. 257-516; para esta cuestión, véanse pp. 388 ss.

43. [*Idem*, p. 569. Charles Jean Bernadotte (1763-1844), mariscal de Francia, a quien Napoleón nombra Príncipe de Pontecorvo (título que le correspondía al rey de Suecia); luego, como autoridad máxima

Estas palabras tienen un efecto estremecedor en boca de un hombre que en 1808, pronunció sus *Discursos a la nación alemana* contra Napoleón –como él mismo dice allí– «bajo peligro de muerte»; que se animó a enfrentarlo en soledad y abiertamente, a atacarlo de manera mortal, cuando todos se arrastraban por los suelos.

¡Muy bien! Si uno no tuviese presente lo que «Alemania tiene que llegar a ser», si uno no *amase aquello por lo que Alemania tiene que llegar a ser eso y llegará a serlo*, ¿de dónde tomaríamos la razón de interesarnos por el hecho de ser *dominados y divididos* desde fuera o desde dentro?

«Pues bien –continúa Fichte–, ¿qué es lo que hace *de un pueblo un pueblo* precisamente *en oposición a la federación*? Esta última nunca ha sido un asunto del pueblo {consejo repetido para nuestros federalistas}, sino sólo un asunto de los gobiernos, *como cualquier otra alianza*, porque el pueblo nunca está *unido inmediatamente* con la federación, sino sólo por medio de la *voluntad de su príncipe*».⁴⁴

Luego de esta explicación conceptual, tan contundente como sencilla, Fichte comienza desde el principio. «Pues bien, por ejemplo, si Austria o Prusia conquistaran Alemania, ¿por qué resultarían de esto solamente *austriacos, prusianos*, y ningún *alemán*? ¿Cómo se distingue una historia austriaca, una prusiana, de una *alemana*? Esto debe ser tratado *exhaustivamente*. Todo depende de ello, porque *precisamente aquí se encuentran los alemanes*. {Y se encuentran «*precisamente aquí*» aún después de cincuenta años.} También se encuentran –como es sabido– en el reparto entre Austria y Prusia. A Austria, por ejemplo, le costaría mucho más trabajo poner a Baviera bajo su dominio, que a *Prusia su parte*. {Precisamente *porque* esto es así, los gobiernos de los pequeños Estados muestran una *inclinación* tan carente de temor y celos hacia Austria, y tal *aversión* contra Prusia.} Tampoco encaja la división de las *confesiones* para una amalgama completa. Por medio de esa amalgama, ¡la *guerra* entre ambas sería eterna y *no habría calma hasta que ellas fuesen una!*».⁴⁵

Estas últimas palabras deben ser comprendidas con precisión: ellas forman una de las sentencias más profundas de Fichte. Mientras nuestros federalistas consideran la dualidad de *confesiones* como una razón, por la que Alemania *no podría ser unificada*, sino que debería permanecer separada en un Estado alemán del sur y uno del norte, en una república federativa del sur y otra del norte, Fichte dice, por el contrario, que *precisamente a causa* de esa diferencia confesional esos Estados no podrían existir como particulares, el uno frente al otro; y que de este

de Suecia y Noruega, entra en guerra contra el Emperador. En 1818 es ungido rey de Suecia, como Carlos XIV].

44. [*Ibid*].

45. [*Idem*, p. 570].

modo, habría entre ellos una *guerra* que duraría eternamente; que ellos no tendrían calma «*hasta que fuesen uno solo*».

En realidad, toda vida, tanto natural como política, es la unidad de las *oposiciones*; ella las soporta e incluso sin las mismas no podría en absoluto existir. Por ello, las oposiciones más grandes pueden ser reunidas bajo *una unidad estatal racional*, sólo si ellas tienen a su vez también algún carácter fundamental comunitario, como entre nosotros se da una comunidad de origen, de necesidades, una unidad espiritual, científico-literaria, etc.

Pero si esas oposiciones, en vez de en una *unidad indivisa*, son puestas una junto a otra, cada una como una parcialidad [*Besonderheit*] independiente, entonces la comunidad [*Gemeinschaftlichkeit*] de su carácter fundamental produce la *relación necesaria entre ellas* y la *oposicionalidad* [*Gegensätzlichkeit*] de las mismas hace emerger la *hostilidad de esta relación*, y ellas tienen que luchar sin descanso unas contra otras, hasta que una se trague a otra o hasta que se hayan destruido recíprocamente en un abrazo fratricida. La unificación que existe en la *federación* no cambia nada en este caso; más bien *pone* justamente sólo la *base común* sobre la cual acaecen las discordias y se encienden en llamas. Porque precisamente esa unificación no es una *unidad*, sino sólo una *contraposición*.

La historia de Atenas y Esparta, del Papa y el Emperador en la Edad Media, de cada gran dualismo que se presenta en la historia y que, empero, vuelve siempre a estar asentado sobre una base común, demuestra esta gran ley del espíritu, este *quimismo espiritual*, de cuya existencia nosotros naturalmente no podemos exigirles a nuestros racionantes en torno al Estado [*Staatsrationalisten*] ni una idea ni una comprensión de las cosas.⁴⁶

Por eso dice Fichte que, por un lado, la división de las confesiones, que por cierto se ha adoptado también en Austria y Prusia —porque así hay que comprender las palabras que hemos citado— no deja que se consiga una amalgama total de los elementos de cada uno de estos Estados en su seno; más aún, esto determina incluso la forma como queda planteada su *relación* con el otro *Estado particular*; y, por el otro lado, dice que, precisamente por ello, la guerra entre ambos Estados particulares duraría eternamente y no habría calma «*hasta que sean uno solo*».

46. Sobre esto sabemos naturalmente que nuestros federalistas señalan triunfantes a América, que es constantemente el único alfa y omega de sus razones; y que lo es en un grado tanto más alto, cuanto menos ellos comprenden la naturaleza de la cosa y la peculiaridad de América. Contra esto queremos señalar sólo dos proposiciones, cuya explicación más detallada por cierto no podemos efectuar aquí: 1. América, tanto *históricamente*, por su origen, como por su realidad *contemporánea* no es una *nación*, sino una *sociedad civil*; 2. América, que tiene para sí sola un gran continente y no se enfrenta en él a otras naciones, precisamente por eso tampoco tiene necesidad de reunirse en la unidad de una individualidad popular indivisible, como ocurre en los Estados de Europa, ubicados entre otras naciones poderosas.

Si bien Fichte ha esbozado en estas pocas palabras, y –aunque más no fuera brevemente– con una claridad comprensible de suyo, una de las leyes históricas más profundas, en cambio no ha explicitado por qué la conquista de Alemania por parte de Austria o Prusia sólo tendría por resultado austríacos o prusianos, pero no *alemanes*.

Eso es lo que él siente y, por este motivo, vuelve a abismarse [en sus ideas]: «Sería preciso que *abondara* este punto: ¿cuál es el carácter nacional de los alemanes que más arriba prometí indicar? ¿Cuál es, por el contrario, el de los Estados aislados, el de Austria, Prusia, etc.?».

«En primer lugar, sus casas reinantes tienen *conexiones con familias* extranjeras, un *verdadero* o *supuesto* interés con ligas extranjeras; los pueblos, en cambio, tienen el odio o el amor nacional. *Alemania* no *tiene* nada de eso ni debe [soll] tenerlo; es preciso que Alemania exista por sí misma y de modo independiente. Este interés *extranjero* habría debido ser *impuesto* a los países de *adquisición* nueva [*neu* Akquirierten]. Brevemente: ellos son extirpados de la marcha regular de su educación y colocados en el camino de la formación de un *pueblo extranjero*. (Por ejemplo, la administración prusiana puede serlo en Prusia del sur⁴⁷)».⁴⁸

«En segundo lugar,⁴⁹ para esto es aún necesario determinar los rasgos peculiares de la imagen de un *príncipe* alemán, que *nunca puede ser adecuada para otros monarcas*. *Combatir por un interés extranjero*, sólo por la *conservación de su propia casa dinástica*; *vender soldados*; *ser apéndice* de un Estado extranjero. Su política no tiene ningún otro interés que *el florecimiento y la conservación de la querida casa dinástica*; lo restante puede hacerse sólo. ¿*Qué clase de desgracia sería entonces si la querida casa dinástica no se conservase, si otra tomase su lugar?* ¡*Eso ya ha pasado!* ¿Por qué, pues, sólo los súbditos soportan los costos de la conservación de su corte? Así ellos se convierten más bien en provincias del Estado dominador. Bonaparte, que ama proclamar lo que es, lo ha hecho y habría continuado haciéndolo».⁵⁰

Si entonces Fichte ha proclamado *supra*: «que nuestro rey haga este beneficio», es porque ahora puede explicar por qué esto no puede ocurrir en absoluto. Como cada gobernante alemán y su Estado particular tienen su existencia dentro de Alemania, y depositan la garantía de la misma exclusivamente en destacar sus respectivos *particularismos*, sus *diferencias específicas*, se hallan [inevitablemente] *sumidos en el interés específico de sus casas dinásticas*, en conjunción con el cual

47. La parte de Polonia anexada a Prusia entre 1793 y 1795. (E. B.)

48. [*Fichtes Werke...*, *op. cit.*, Bd. VII, p. 570].

49. [Lasalle se saltea el punto «2» del texto de Fichte (*id.*, pp. 570-571), y pone en «segundo lugar» lo que en el original es el punto «3» (*id.*, p. 571)].

50. [*Idem*, p. 571. En todos estos textos, las cursivas son de Lassalle].

–por *educación, tradición e historia*– han ido creciendo. En consecuencia, ven en estos *particularismos* el derecho *propio* y, también por eso, es forzoso que se aferran también a los particularismos de los otros, ya que si éstos se derrumban, corre peligro de derrumbarse el de ellos. Traducido al lenguaje de las actas oficiales, esto significa que nuestros gobernantes saben cómo hablar de un «derecho bien adquirido» de todos los príncipes alemanes a despedazar el espíritu del pueblo alemán. Incluso en el caso de una conquista de Alemania *en este sentido*, tampoco se generaría *Alemania*, sino que sólo se conseguiría someter a los otros linajes bajo la particularidad del espíritu específico de una casa dinástica, mediante la imposición violenta: todos se harían prusianos, bávaros o austríacos. No se crearía *Alemania*, sino que directamente una particularidad sería la dominante; y mientras se eliminarían de este modo también esos compromisos que aún persisten en la existencia de las *diversas particularidades*, precisamente por este medio también sería suprimido el pueblo alemán en sus raíces *espirituales*.

¡La conquista de Alemania *no* en el espíritu de una casa dinástica específica, sino con la libre renuncia del mismo en aras del espíritu alemán y sus metas, sería desde luego una cosa totalmente distinta! Pero es completamente necio exigir la idealidad de esa resolución a hombres [*Männer*] cuya personalidad espiritual es, como la de todos los demás, un producto determinado de la educación, la tradición, la inclinación y la historia; y son precisamente esos varones tan poco pueden llevar a cabo, como tampoco podría uno de nosotros, en el caso de que su formación y educación hubieras sido determinados exclusivamente mediante los mismos factores.⁵¹

«Todo esto –continúa Fichte– ha impedido a los alemanes, hasta ahora, llegar a ser alemanes: su carácter se *encuentra en el futuro*; por el momento, consiste en la *esperanza* de una nueva y gloriosa historia. El comienzo de la misma es que la hagan por de sí mismos con *conciencia*. Sería el destino más glorioso».⁵²

«El carácter fundamental de los alemanes consiste por consiguiente en: 1. comenzar una nueva historia, 2. realizarse ellos mismos con libertad. Ninguno de los señores territoriales existentes puede hacer alemanes; serían austríacos, prusianos, etc. ¿Sería preciso, acaso, que surgiera uno nuevo? ¿Quizás como Bonaparte? Uno de este tipo entraría inmediatamente en el sistema principesco, valiéndose del carácter hereditario, y nuevamente surgiría tan sólo un nuevo pueblo europeo, de otro cuño. Nada de esto debería suceder: no se debería tener de ningún modo en cuenta [*kennen*] intereses familiares, ni mezclarse en los asuntos internos de los países extranjeros. (El pueblo alemán no necesita alianzas extranjeras, ni tropas auxiliares porque, una vez unificado, es suficientemente fuerte por sí mismo). Pero

51. ¿Cómo habría vitoreado Lassalle el 9 de noviembre de 1918! (E. B.)

52. [*Idem*, p. 571].

en virtud de su situación geográfica puede obligar a las otras naciones a la paz; por ende, ser los primeros sitios duraderos de la libertad. 3. Por eso, los alemanes tampoco deben ser algo así como la prosecución de la vieja historia alemana: no ha tenido para ellos en realidad ningún resultado y, en verdad, existe sólo para los doctos. Y hasta ahora, en realidad, sólo ellos, los doctos, han modelado a los alemanes futuros: mediante su profesión literaria; luego, mediante sus viajes. Ellos, al menos los más enérgicos, no son miembros de una comunidad popular particular, sino que, a fin de cuentas, son algo [*Etwas*]: son precisamente alemanes. (Entonces, cierto es que hubo alemanes, sólo que no como ciudadanos, sino allende la ciudadanía; y eso es una gran ventaja.) Todos los grandes literatos han viajado, ninguno ha conseguido nada en su lugar de origen. Esto dependía en parte de la disposición natural. El primer rasgo del mejor alemán es una resistencia contra la estrechez del lugar de origen. Luego: el talento podía desarrollarse sólo en el extranjero, desprenderse de la relación inmediata con su pueblo y conseguir una universalidad más elevada. Así lo hicieron Leibniz, Klopstock, Goethe, Schiller y los Schlegel. Sólo Kant constituye una excepción».⁵³

«Entonces, el rasgo digno de nota en el carácter nacional de los alemanes sería precisamente su existencia sin Estado y allende el Estado, su formación puramente espiritual. (Por eso los alemanes también ejercen una fuerza tan poderosa de asimilación sobre el extranjero que llega a ser docto, pensador y poeta: Fouqué, Villers.⁵⁴ El extranjero no necesita transformarse, sólo necesita *elevarse*».

«Aquí habrá de diferenciarse más profundamente lo *nacional*, aquello que es formado sólo por el Estado (y que absorbe a sus ciudadanos), respecto de lo que se encuentra más allá del Estado. Al decir esto, no debe olvidarse que todo lo común [*alles Gemeinsame*] a la república de pueblos europeos y todo lo que caracteriza a este ciudadano por doquier –generosidad, humanidad, caballerosidad, galantería– son originariamente rasgos nacionales alemanes. Recién en una época

53. [*Idem*, pp. 571-572. El poeta Friederich Gottlieb Klopstock (1724-1803) fue una figura decisiva en la elaboración y desarrollo de una lengua literaria alemana y representa la transición hacia el romanticismo, en especial con su poema épico *Messias* (1748-1772) y sus *Oden* (1771)].

54. [Friedrich Heinrich Karl Fouqué, Barón de la Motte (1777-1843), provenía de una familia de hugonotes exiliados en Alemania. Fue corneta de coraceros en 1794 y oficial en el ejército prusiano hasta 1802. Era editor de revistas y Almanagues literarios (como *Die Jahreszeiten*, desde 1811 a 1814); escribió novelas y cuentos, destacándose su trilogía *Der Zauberring* (en tres volúmenes, de 1813). Sus *Undine* fueron musicalizadas por E. T. A. Hoffmann en 1816.

Alexander Heinrich von Villers (1812-1880) era hijo de un emigrado francés. Tras sus estudios en el Politécnico de Dresden, volvió a París y fue voluntario en las jornadas de 1830; frecuentó a poetas y artistas, entablando amistad con Franz Liszt. De regreso a Alemania, ya como abogado, se desempeñó como diplomático de Sajonia en Frankfurt, París, Berlín y Viena, hasta 1870. Sus *Briefe eines Unbekanntes* aparecieron póstumas en 1881, reeditadas en 1983].

posterior se separaron los alemanes en los pueblos individuales y se empantanaron; las guerras internas, los celos recíprocos de sus pequeños príncipes, la prohibición de la emigración, etc. completaron su separación y su degeneración».⁵⁵

«Y, considerando las cosas desde lo que ha ocurrido hasta ahora, así seguirá siendo: el concepto de unidad del pueblo alemán no tiene ninguna realidad en absoluto real, es un postulado universal del futuro. Pero no hará valer cualquier peculiaridad popular separada, sino que realizará al ciudadano de la libertad».⁵⁶

Fichte concluye estas Notas citando palabras de su propia *Doctrina del Estado*, escrita en la misma época. «Los alemanes son llamados a representar este postulado de la *unidad imperial*, de un Estado *absolutamente amalgamado* interior y orgánicamente, y también en el eterno plan universal. En ellos, el imperio debe emanar de la libertad personal ilustrada, y no a la inversa; es decir, desde la personalidad cultivada, en primer término, con anterioridad a todo Estado; cultivada, luego, en los Estados individuales, en los cuales los alemanes se hallan actualmente viviendo su decadencia; Estados que, [sin embargo,] tienen que ser más tarde suprimidos, en tanto [no son más que] *meros medios para un fin más elevado*».

«Y así, recién a partir de ellos habrá de presentarse un verdadero imperio del derecho, como nunca ha aparecido aún en el mundo, con todo el entusiasmo por la libertad del ciudadano que nosotros divisamos en el mundo antiguo, pero sin sacrificar a la mayoría de la humanidad como esclavos, sin los cuales los Estados antiguos no podían conservarse; entusiasmo por la libertad fundada en la igualdad de todos los que tienen un rostro humano. Sólo por obra de los alemanes, que desde hace milenios existen para esta gran meta y lentamente maduran para lograrla; no existe en la humanidad otro elemento para este desarrollo».⁵⁷

¡Así habla Fichte y está lejos de nosotros la intención de querer debilitar el poder inalcanzable de estas palabras mediante cualquier añadido!

Distinguido señor, si bien yo no he correspondido a sus deseos palabra por palabra, creo, sin embargo, que el objetivo que usted tenía ha sido alcanzado, al igual que el mío.

Con el máximo respeto.

Suyo

Ferdinand Lassalle

55. [*Idem*, pp. 572-573. Lassalle omite la frase con que Fichte cierra el último párrafo: «eran *nobles* y se volvieron *mercachifles*. ¡Gozad de la vida, tened espíritu liberal y no os fijeis en gastos!» (p. 573)].

56. [*Idem*, p. 573]

57. [*Ibid.* Para el mismo texto en la *Doctrina del Estado*, cf. *Fichtes Werke...*, *op. cit.*, Bd. IV, pp. 423-424].